

LA ESCUELA DE LA REINA



Excmo. Ayuntamiento de Alicante
Concejalía de Educación



LA ESCUELA DE LA REINA

La escuela de la Reina

Ayuntamiento de Alicante

Concejalía de Educación

Programa de prevención de absentismo escolar

C/ Cienfuegos, nº 2 • 03002, Alicante

Tlf: 965210468 • absentismo.escolar@alicante-ayto.com

Diseño y maquetación: Símbolo Ingenio Creativo

Ilustración: Jose Luis Diaz Yelo

Impresión: Azorín, Servicios Gráficos Integrales

Depósito Legal: A-xxxx-xxxx



Excmo. Ayuntamiento de Alicante
Concejalía de Educación





Cuentan que hace mucho, mucho tiempo en el Reino de Imeria existía una reina fea, despiadada y ruin a la que todos conocían como Reina de la Nube Negra.

Nube Negra no vivía en un castillo, ni en un gran palacio, pues había sido condenada por los cielos a habitar para siempre en las cuevas de la Montaña Gris, la más fría y abrupta de su territorio.

Su condena comenzó en los días en que Nube Negra cambió.

Hubo un tiempo en el que fue buena, alegre y sabia; pero dejó de preocuparse no sólo por su pueblo, sino también por ella misma: dejó de leer, dejó de interesarse por las cosas, se despreocupó de su imagen, de su higiene, y se volvió con el paso del tiempo, egoísta y oscura. Tan oscura, que bien merecía el sobrenombre de Nube Negra.



Sus súbditos eran gentes de labor, unos trabajaban la tierra desde la salida del sol hasta el ocaso, éstos eran conocidos como payeses o campesinos; otros comerciaban con caballos, con telas traídas de la India y del lejano Oriente, llenaban las calles de música, siempre a escondidas para no ser sorprendidos por la malvada, su nombre era los Rom, aunque hoy en día se les conoce como gitanos; También convivía otro grupo que se dedicaba a llenar los zocos y las plazas con sus puestos, a veces vacíos, pero que en mejores tiempos estuvieron repletos de dulces, turriones, dátiles, peladillas y un sin fin de cosas, los llamaban de muchas formas, pero sobre todo moriscos.

Los hombres y las mujeres, emprendían la ruta de cada día hacia los cultivos, hacia el mercado o hacia las plazas. Con su esfuerzo esperaban exprimir el fruto que les alimentaba...

¿Y los niños? Los niños eran cientos, miles y pasaban el día en las calles, embarradas cuando llovía, gélidas en invierno y polvorientas y ardientes en verano. Muchos estaban tristes, sus ojos miraban cansados, como los de los enfermos ¿cómo no les iba a inundar el hastío? si con sus cuerpos de niño, trabajaban los campos, o vendían en los puestos junto a sus padres, haciendo lo más duro del día, lo más pesado.

Las familias, pues, eran pobres, desdichadas y maldecían cada hora su suerte.



Un día de junio, durante la cosecha, Olvano, el mulero, que había viajado a los reinos vecinos y conocía lo que allí sucedía, caminó hacia la era, reunió a los habitantes, a todos y todas fueran éstos negros, blancos, gitanos o moros y les habló así:

- Vecinos, trabajamos más que los animales, sin embargo hay días en los que éstos comen mejor que nosotros, no hay futuro para nuestros hijos, y se nos olvida que hay un responsable a quien deberíamos exigir soluciones para acabar con esta miseria. La Nube Negra es conocida en los reinos colindantes por su incapacidad para gobernar, por su desidia; su nombre retumba hasta más allá de donde nuestro pensamiento alcanza, por no hablar de su avaricia sin límites, que estrangula hasta el hambre al pueblo con sus impuestos.

- ¡Olvano habla con razón! No se puede malvivir peor. - Gritó uno de los segadores -. ¡Hemos de ir hasta la Montaña Gris y cortar la cabeza de esta reina arpía!

- Derramar sangre, incluso sangre de enemigos, hace a los hombres y mujeres miserables, les arranca el alma. Ese no es el camino-. Dijo rotundo una anciana Romí a la que todos llamaban Tía por su sabiduría. - Hay que utilizar la razón y convencerla con palabras, conseguir que comprenda nuestra situación y que invierta su poder de gobierno en mejorar la vida del pueblo de Imeria, pues ese es su deber. Concluyó Olvano, dando la razón así a aquella sabia anciana.

Algunos hombres y mujeres, acompañaron a Olvano hasta los pies de la Montaña Gris, con dificultad lograron sortear las escarpadas sendas que llevaban hasta la cueva donde moraba Nube Negra. Cuando estuvieron cerca pudieron contemplar asombrados a una mujer llorando que suspiraba:

- ¡Oh, Dios, no aguanto más esta soledad, este frío! Me desgarran las entrañas el recuerdo del palacio lleno de niños, de la escuela llena de niños, de la alegría y del bullicio de aquellos años!

- Decidiste castigar a los traviesos y rebeldes, en vez de intentar buscar una solución y ayudarlos para que cambiaran su actitud, los echaste de la escuela o no los aceptastes tal y como eran y así creaste la primera saga de analfabetos e ignorantes que en este reino existió. Por ello, pagas caro y eterno en estas montañas. Nunca lo olvides.- Las palabras no procedían de lugar alguno, retumbaban en las rocas iluminadas y cuando cesaron, el resplandor desapareció.

- ¡Quizá el cielo pueda perdonar tu error!- Dijo Olvano, firme.

Nube negra se giró, avergonzada de saberse descubierta.





- ¿Quién sois, buen hombre, que habéis vencido el miedo y la ira con la que todos me desprecian y habéis acudido a mi morada?

- Olvano el mulero, me llaman, y junto a mis vecinos vengo a hacerte saber de los problemas del pueblo y vengo a pedir que inviertas tu poder para darles solución.

Me alegra tanto vuestra visita... no sabéis los años durante los que por aquí no se acercó nadie, desde que pago condena por lo acontecido en otros tiempos, cuando había escuela, cuando había niños... Hace mucho que aquí no viene nadie.

Los habitantes comprendieron que la Reina estaba paralizada, que se había convertido en una mujer débil, que sufría y que se sentía muy muy sola.

Los campesinos eran capaces no sólo de observar, sino incluso de sentir su tristeza, hasta el punto de que a alguno se le caían las lágrimas de pena. ¡Y es que no estaban enfadados! Fueron comprensivos, se pusieron en su lugar!

Es por ello, por lo que se decidieron a hablar con la Reina, para que cambiara su comportamiento.

- Majestad, tiene hoy una oportunidad para reparar su daño, ahora puede darle al pueblo lo que precisa y puede... puede ayudar a los niños que habitan las aldeas del reino de Imeria.

A Nube Negra se le iluminó el rostro,

- ¿Niños? ¿Es que aún existen los niños?

- Así es, son miles los niños y niñas, están los niños de Imeria, hay gitanos, árabes, de otros lugares remotos y lejanos y de un sinfín de culturas ricas e interesantes, pero están tristes, trabajan y no van a la escuela... La verdad es que no existe la escuela.

- Un momento, pero yo soy la Reina, puedo crear una escuela... y lo haré.

- Es una gran noticia, Majestad, mas hay otros problemas que resolver: los campesinos pasamos hambre, los campos no abastecen lo suficiente como para dar de comer a quienes los trabajamos y además pagar los impuestos. A las demás familias les ocurre lo mismo, el mercadillo no es futuro, y más aún si lo seguimos ejerciendo de ésta forma, a escondidas, sin permisos, sin beneficio alguno.



- He estado largo tiempo sumida en el caos y el olvido, pido perdón a mi pueblo por no haber gobernado como debiera. A partir de ahora, prometo que todo cambiará. Volved cuando el sol haya salido dos veces y os haré saber mi proposición.

Los campesinos bajaron al pueblo esperanzados y ansiando que llegara el segundo día, al que habrían de volver a la Montaña Gris.

Nada más alumbrar el primer rayo de luz, los mismos de la anterior vez y muchos, muchos más, subieron a las cuevas, donde la Reina de la Nube Negra les aguardaba.

- Oíd lo que os tengo que anunciar: mi pueblo nunca jamás volverá a tener hambre, los campos os darán de comer y habrá de sobra, con ellos los Rom y los Moriscos comerciarán. Cada familia pondrá un grano de esfuerzo y con ese dinero arreglaremos vuestras casas y los impuestos recaudados hasta el día de hoy servirán para construir una gran escuela, con maestros, con libros, con juegos... En ella los niños y las niñas aprenderán tantas cosas que cuando crezcan, serán libres, libres para elegir sus destino, libres, porque el conocimiento así los hará.

- ¡Bendiga el cielo a su Majestad! Gritaba una mujer.



Pero existe una condición que habrá de cumplirse: si algún padre o madre permite que sus hijos no acudan a la escuela, para ayudarlo a ellos en los cultivos o en los puestos; o si algún niño revoltoso no quiere aprender, habrá de saberlo, pues sobre esos padres caerá el peso de la ley y a ese niño lo convenceremos y cambiará de parecer. Le daremos tanto amor en la escuela, que por siempre jamás volverá a faltar.

Pasaron los años, los siglos y hoy, en el reino de Imeria, los cereales abundan, las casas son cálidas, los campesinos y los comerciantes hacendosos y felices, la Reina habita en un palacio sencillo y alegre y los niños... Los niños la adoran, porque para ellos creó la escuela en la que aprenden a ser hombres y mujeres de bien.



FIN